

# Las Marías guerreras

*Jerónimo López Mozo*

María Guerrero fue una de las más grandes actrices españolas de todos los tiempos. Nacida en Madrid en 1868, murió en la misma ciudad sesenta años después. A lo largo de su vida actuó en más de ciento cincuenta dramas, muchos de los cuales llevó a numerosos países de Europa e Hispanoamérica. Su fama ha llegado hasta nuestros días y hoy ocupa un lugar relevante en la historia del teatro español. Tras su desaparición física, su nombre permaneció durante algún tiempo en las carteleras gracias a que así se llamaba una sobrina suya que heredó su afición a las tablas. No hubo más herederas que lo mantuvieran vivo, de modo que nada hacía presagiar que algún día resucitase, como así ha sucedido, y mucho menos que lo hicieran suyo, no una, sino muchas mujeres ligadas al mundo de la escena.

En marzo del 2001 se juntaron unas cuantas para crear la Asociación de Mujeres en las Artes Escénicas de Madrid, que tuvo por primera sede provisional uno de tantos cafés del barrio de Lavapiés. Entre las fundadoras, Itziar Pascual, Esperanza de la Encarnación, Margarita Reiz, Nieves Mateo y Esperanza Casas, a las que pronto se sumarían otros nombres: Ángeles Maeso, Antonia Bueno, Marisa Martín, Isabel María Díaz, Alicia Casado, Victoria Paniagua, Pepa Sarsa... Estaban invitadas a formar parte de la Asociación las actrices, directoras, dramaturgas, técnicas, cantantes, bailarinas, diseñadoras, escenógrafas, sastras, investigadoras, coreógrafas, iluminadoras, productoras y un largo etcétera de actividades que tuvieran que ver con la actividad teatral. El objetivo era construir un espacio vivo de creación y debate para promover, fomentar y divulgar su presencia en cualquiera de las disciplinas vinculadas al arte escénico. La Asociación fue bautizada con el nombre de las Marías Guerreras. Se rendía, así, homenaje a la actriz madrileña y a su espíritu emprendedor, y, al mismo tiempo, proclamaba su voluntad de ser beligerante en el logro de sus fines.

No tardaron mucho las Marías Guerreras en mostrar sus primeros trabajos. El primero, en abril del año siguiente, en el pequeño y aco-

gedor Teatro de las Aguas, el espectáculo *Tras las tocas*. Cinco autoras, otras tantas actrices y dos directoras lo pusieron en pie. Transcurría la acción en un convento, en el que cuatro monjas y la superiora dedicaban casi todo su tiempo a la oración. Al menos eso parecía. La realidad, sin embargo, era otra. Bajo los hábitos que a todas igualaba, vivían mujeres y cada una tenía su propia biografía. No eran seres anónimos, sino personajes que forman parte del rico repertorio de la literatura universal. Así, por el escenario desfilaban Salomé, Medea, Ifigenia, Adela —la hija suicida de Bernarda Alba— y la Virgen María. Las cinco vidas estaban contadas de forma muy distinta, unas desde el humor y otras desde el drama o la tragedia. Llamaba la atención que, a pesar de ello, no se percibiera la función como una suma de textos independientes. Al contrario, había una rara conjunción, que no era sino el fruto de la pluralidad de funciones asumida por varias de las creadoras y la inclusión de escenas corales que enlazaban las historias. Esa fue la carta de presentación del colectivo y en ella quedaba meridianamente claro que el discurso ofrecido era el de unas mujeres que, a su voluntad de unir esfuerzos para reivindicar su lugar en el quehacer teatral, añadían su rechazo a la tradicional visión masculina, mostrada a través de la literatura, del mundo femenino.

La segunda aparición pública de las Marías Guerreras tuvo lugar en el año 2003, en Casa de América. Durante una semana se sucedieron conferencias, mesas redondas, talleres y representaciones, entre ellas, de nuevo, la de *Bajo las tocas*. Pero la protagonista del evento fue María Guerrero. Se habló mucho de ella y le rindieron un emotivo homenaje al pie de su tumba, en el cementerio de la Almudena de Madrid. En alguna de las sesiones se recordó que, el tomar como modelo a María Guerrero, se debía no sólo a sus méritos como actriz, sino también a su dedicación a otras tareas vinculadas con la actividad teatral. En efecto, fue empresaria, adquirió el Teatro de la Princesa, que hoy lleva su nombre y es sede del Centro Dramático Nacional, y por iniciativa suya se construyó el Teatro Cervantes de Buenos Aires. Itziar Pascual dirigió a esta precursora de las Marías Guerreras unas palabras en formato de carta, de la que entresaco las siguientes: «No hemos tenido la oportunidad de coincidir en el espacio y en el tiempo. Pero tengo la sospecha que habitamos espacios y tiempos que se asemejan. Tu espacio fue el teatro. El nuestro también. Tu espacio estuvo comprometido con la escritura de los autores vivos y con el riesgo escénico. El nuestro también. Tu espacio estuvo en Madrid. El nuestro tam-

bién. Tu corazón estuvo en y con América. El nuestro también. Por todas estas razones, nos hemos permitido la licencia de tomar tu nombre y reivindicar tu experiencia en la escena. La tuya y la de tantas mujeres que han aportado su vocación, su tesón y su trabajo a la escena española».

Han pasado cinco años desde la creación de las Marías Guerreras. En ese tiempo han celebrado otros dos ciclos de actividades, ambos en Casa de América. En el primero, se alternaron, de nuevo, las sesiones teóricas, las lecturas dramatizadas y las representaciones escénicas. Se habló de amor y erotismo, contemplado a través de personajes de ficción, como la Mariana Pineda de García Lorca, o Sara, la protagonista de *Claves de vacío*, de Miguel Medina Vicario, una escritora que sufre el vacío de su existencia; y de un sinfín de personajes femeninos reales que animaron, durante años, el teatro frívolo con sus canciones y danzas pícaras, entre ellas la Fornarina, que comparecía en escena ligera de ropa sobre una bandeja, Luisa de Bigne, que se cambiaba de vestuario a la vista del público, y La Chelito, que, con falsa ingenuidad, buscaba inútilmente una pulga en su cuerpo. Las representaciones fueron numerosas y algunas de ellas, como *Dímelo hilando* y *He dejado mi grito por aquí, ¿lo habéis visto?*, prologaron su vida escénica fuera del anfiteatro de Casa de América.

Un conjunto de actividades en las que quedaba patente la preocupación social y política de Las Marías Guerreras, su lúcido análisis del papel que juega la mujer en la guerra, su lucha por acabar con los abusos que sufre en el trabajo y con la violencia que preside la vida familiar de muchas de ellas... Pero quizá lo más importante de las jornadas fueron los actos que las inauguraron y clausuraron. En la primera sesión fue homenajeada la actriz María Asquerino, un ejemplo de mujer libre y rebelde. Con su voz característica, cincelada por el güisqui y el tabaco, hizo un repaso de su agitada vida, mientras en una pantalla se proyectaban fragmentos de algunas de las películas en las que ha intervenido. En la última, las Marías Guerreras y quienes las acompañaban hicieron un recorrido sentimental e histórico por varias salas del Museo del Prado, seguramente las mismas que frecuentó, décadas atrás, María Teresa León, la escritora que, desde su cargo en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, jugó un decisivo papel en la salvación de los cuadros expuestos en la pinacoteca cuando, durante la guerra civil, los bombardeos amenazaban su existencia. Al unir en un mismo encuentro los nombres de una mujer representante del pasado, como

María Teresa León, y de otra del presente, como María Asquerino, se pone de manifiesto la voluntad de Las Marías Guerreras de que la memoria y la acción formen parte de un mismo discurso, convencidas de que, sin aquélla, no hay porvenir.

En el último encuentro celebrado en Casa de América, siguió estando presente la memoria. Lo anunciaba el título del ciclo –«De la vanguardia a la memoria»– y lo confirmaba su contenido. El homenaje a la actriz Berta Riaza, pistoletazo de salida de las sesiones, se planteó como un acto necesario cuyo objetivo era «izar la memoria ante la decepción de la desproporcionada falta de documentación sobre los muchos años de trabajo de una mujer hecha de arcilla de teatro». Margarita Reiz, en su conferencia «Pinceladas sociales y políticas de la mujer en el teatro español» abordó, desde varios ángulos y con una nueva mirada, la revisión de la historia de las mujeres en el teatro español. ¿Por qué ese afán por bucear en la memoria? Siempre es bueno hacerlo, pero, en el caso que nos ocupa, necesario. En alguna ocasión, Itziar Pascual ha denunciado el hecho de que, en el pasado, las mujeres no han dispuesto de un espacio teatral propio y que, cuando ha existido, ha sido ocultado o devaluado, a veces por ellas mismas, que eligieron trabajar en la sombra, ese ámbito en el que reside el olvido y el silencio. Que no hayan dispuesto de tal espacio para expresarse, no tiene remedio. Es posible, en cambio, sacar a la luz lo que permanece oculto, porque existe, porque, remedando lo que dicen ellas sobre el valor de la palabra escrita, los hechos quedan grabados en la piedra de la memoria. Sólo es necesario limpiarla a fondo. Esa es una de las muchas tareas que cumplen las Marías Guerreras.

Mientras escribo estas líneas, noviembre de 2006, en la madrileña sala Cuarta Pared, se celebra, bajo el título «Mujeres=Creación», una muestra de los trabajos más recientes del colectivo. Se trata de tres puestas en escena de autoras pertenecientes a él, dirigidas e interpretadas por otras compañeras de la Asociación. La ceremonia de presentación ha consistido en un curioso acto teatral que pone de manifiesto el carácter inquieto y el afán de aventura del colectivo. Lo ofrecido es un ejemplo de las posibilidades de la creación escénica en el campo concreto de la improvisación, tan cercana al *performance*. En las horas previas al acto de presentación, fueron escritos los textos, memorizados por las actrices, ensayados y mostrados al público con el soporte de un sucinto aparato escenográfico. Todo un arriesgado ejercicio de creatividad que sólo pueden acometer quienes conocen a fondo el arte teatral.